



La Guerra Civil: vivencias de un exiliado castellonense.

Esta es la historia de un castellonense, que al igual que otros hombres y mujeres, tanto del bando nacionalista como del republicano, sufrieron las consecuencias de esta guerra entre las dos Españas. Este hombre se llama D. Francisco Sorribas Safont, nació en Castellón de la Plana en agosto de 1910. Con sus casi 92 años nos relata su testimonio, sobre la propia guerra y su forzado exilio. Sirvan estas líneas, al menos, de memoria histórica para futuras generaciones.

Cuando estalló la Guerra Civil me encontraba en Valencia, trabajando como ingeniero industrial en la empresa Unión Naval de Levante. Los jóvenes de entonces, muy liberales, nunca pensamos que aquel atroz movimiento militar se convirtiese en una auténtica guerra entre convecinos, tan cruel y despiadada. Un año antes, había contraído matrimonio con Carmen Sánchez Glaría, catalana, hija del encargado principal de la empresa, que por aquel entonces, se encargaba del pavimentado de las calles de Valencia.

Con veintisiete años me alisté como voluntario, haciéndome cargo de una agrupación de artillería, con la graduación de comandante. Participé en la defensa de Madrid, y fui de inmediato a situarme en el Pardo, allí contábamos con artillería nueva francesa, del calibre 12,8 cm. y 15,5 cm, para defender las posiciones del frente, en defensa de la capital. También entré en combate en la provincia de Toledo y en otras posiciones emplazadas en las Rozas, y en apoyo a la Campaña sobre Brunete.

Posteriormente en Madrid, se me encomienda como empleo temporal la preparación de ciertas defensas de la costa valenciana, a fin de impedir el desembarco de las tropas franquistas en esta zona, tomando la Dirección de tiro de Infantería y Artillería en los puntos de observación entre la desembocadura del Ebro y Sagunto ante un eminente desembarco, preservando aquel extenso lugar de ataques navales. Por lo que respecta a Castellón, estaba aún entonces poco acosada, para tener que defenderse de un enemigo externo, puesto que el interno todavía no hizo trazos de ser temido. Luego tampoco hubo temores de ataques exteriores venidos del mar, aunque sí prevenciones bastante particulares.

Antes de participar en la batalla del Ebro, tomé parte en los intentos de ofensiva republicana en los frentes de Aragón, por la parte de Boltaña, apoyando la operación de ataque sobre Jaca siguiendo hasta Pamplona en los diversos combates que se libraron, sin conseguir gran resultado. Llegamos a dominar aquellos espacios en que se estabilizaron los frentes hasta situarnos en las cercanías del río Ebro, descendiendo hasta las proximidades de Tortosa, donde en encarnecidas tentativas, el ejército aún intentaba atravesarlo sin resultado por falta de recursos bélicos.

Participé en la Batalla del Ebro, de la que conservo, al menos, un grato recuerdo, cuando una noche, en pleno combate, nunca supe cómo, se me presentó a caballo mi esposa. También recuerdo que se enviaba personal a Francia, con el fin de abastecer de alimentos y municiones a la tropa, y que a su regreso sólo volvían con tabaco, coñac y café. Tengo que reconocer que Francia se portó con nosotros con total indiferencia, dejándonos que resolviésemos la situación con nuestros medios, esto motivaría que, junto al trato que recibiríamos en los campos de refugiados, no me integrase en la Resistencia tras la ocupación alemana. Con la guerra perdida por el bando republicano, la unidad de artillería que comandaba fue retirándose por Cataluña, encarándose contra los franquistas en diferentes posiciones defensivas inútiles hasta Barcelona, donde, sinceramente fuimos en derrota hasta la frontera francesa con el resto de refugiados españoles, después de destruir en la frontera el escaso armamento del que aún disponíamos.

Una vez en Francia, me confinaron en el Campo de concentración de Saint-Cyprien durante ocho meses. Los ciudadanos que nos acogieron en la derrota, nos mantuvieron en las playas próximas a España, en los campos de concentración (más de 8000 personas, repartidas en distintas zonas) como auténticos desdichados y no con el calor de simpatía que era menester. Recuerdo que nos prepararon la acogida en barracones, después de casi un mes sin techo, ni agua potable, la comida un auténtico desespero. Ante esta situación la mayoría regresaron al verdugo, a las cárceles de los puestos fronterizos de Figueras.



“Liberté, Egalité et Fraternité, se transformaron en: encierro humano, desidia criminal y humillaciones sin fin” (Eduardo Pons Prades, Los que sí hicimos la guerra, pp. 48-49, Barcelona, Martínez Roca, 1973)

Posteriormente escapado de allí me trasladaría a Suiza, por poco tiempo, para más tarde, volver a Francia, a París, donde estuve residiendo por un periodo de dos años. Durante este tiempo tuvo lugar el nacimiento de mi primer hijo, que le puse por nombre Iber (íbero en lengua valenciana), en recuerdo a la Patria que abandoné. Durante mi permanencia en París, para mi desgracia fui testigo de la ocupación de la ciudad. Presenció la entrada victoriosa de los alemanes desde las proximidades del Arco del Triunfo, en la avenida de los Campos Elíseos. Fue un día nublado, aunque sin lluvia, recuerdo que el ambiente también era “penumbroso” para los franceses. Las tropas victoriosas de Hitler fueron acogidas con una mezcla de vergüenza y de tristeza. Mi impresión fue que reinaba un general desasosiego entre los poquísimos transeúntes que presenciábamos a unas milicias armadas disciplinadas que desfilaban con semblante altanero, en el que se hacía presente el revanchismo del final de la otra guerra mundial. Al recordarlo, aún sufro la angustia en lo íntimo de mi ser, siendo que mi situación aún era la de un refugiado receloso del amparo que pudieran darme los franceses, al haber sido comandante de artillería en la contienda española, pues temía lo que aún estaba por resolver: qué es lo que harían los alemanes victoriosos con la situación de 100.000 refugiados repartidos en territorio francés. Cuando la autoridad provisional de entonces, a dictado alemán, me propuso si estaría dispuesto a ir a Alemania para producir armamento, o bien volver a España, y someterme a la justicia franquista, decidí regresar.



Las tropas alemanas desfilan por los Campos Elíseos, con el Arco del Triunfo al fondo, al iniciarse los cuatro años de ocupación de París por soldados del III Reich (La Segunda Guerra Mundial 50 años después, tomo I, pp.114-115, Madrid, Prensa española, 1989)

Sucedió pues el obligado retorno, volví descendiendo sobre mi sino, entregándome al verdugo español siendo encarcelado en la prisión de Figueras. Tuve que pasar numerosos interrogatorios, en los que trataban de averiguar mi condición. Quise volver a Valencia, donde se me negaría la residencia, resolviendo ir a vivir a Palma de Mallorca en espera de juicio durante siete años, durante los cuales estaba obligado a comparecer ante la autoridad todos los fines de semana. En esta época nació mi segundo hijo, Rubén. Durante todo este tiempo, acosado por mi situación de rebeldía, estuve expuesto a situaciones bastante comprometidas, y cuando ya se iba a proceder a abrir mi expediente, un policía franquista, que no conocía, me instó a escapar de las Baleares, ante la inminencia del proceso judicial. Así fue que, mi padre, negociante de fruta naranjera, me proporcionó la ocasión única para evadirme y poder salvar mi vida. Regresé a Castellón y con su ayuda me embarcó como representante de la firma comercial exportadora hacia América del Sur en el primer barco con naranjas a granel hacia ese destino que partía desde el puerto de Valencia, el "Áfrika Rifer", un navío nuevo, de nacionalidad alemana.

Argentina fue mi primera tierra de acogida y concretamente la ciudad de Buenos Aires. Luego sería Montevideo en Uruguay. Más tarde recorrería toda Sudamérica. Pero mi destino definitivo, en estas tierras, fue Campinas, ciudad del sureste de Brasil, en el estado de Sao Paulo. Allí fundaría años más tarde la empresa metalúrgica SORSA, en Valinhos, dedicándonos al montaje e instalación de techos fabriles en grandes localidades industriales, con el auxilio de mi hijo mayor Iber Sorribas, de 20 años con estudios realizados de Ingeniería en la entidad brasileña VARIGE aeronáutica de Porto Alegre.

En Sudamérica permanecería exiliado cerca de cuarenta años. Durante todo este tiempo, por temor a ser localizado, siempre evité aparecer en cualquier documento gráfico. Debo manifestar, que a pesar de mis ideas liberales, siempre en aquella época de exiliado republicano, tanto en el Uruguay, como en el Brasil se me respetó mi condición ciudadana y profesional como ingeniero industrial.

Restablecida la democracia en España, decidí volver a mi Castelló natal, por los principios democráticos que luché durante tanto tiempo y poder pasar mis últimos años de vida. No así mi familia, pues mis hijos casados con mujeres brasileñas, padres de mis nietos, prefirieron quedarse en Brasil, su país de acogida, haciéndose cargo de la fábrica mi hijo Iber, el cual continúa en Valinhos al frente de la misma sorteando las dificultades que padece actualmente el Brasil.

En 1986, como al resto de los ex-combatientes republicanos que aún restaban con vida, se me reconoció la condición de oficial del Ejército de la República, de la que me repuso de mis haberes de pensionista desde la edad de 61 años cumplidos.

Desde entonces, he dedicado mi tiempo a participar como comentarista en periódicos locales, como el desaparecido Castellón-Diario y escribo artículos sobre temas éticos y de actualidad dedicados a la espiritualidad.

Francisco Sorribas Safont, Castellón abril de 2002.